

del Distrito Federal, ó en el extranjero, si querían seguir en una profesional de México, podían obtener dispensas en varios importantes estudios preparatorios, tanto de las ciencias como de las lenguas, la Literatura y la Historia, lo cual tenía que debilitar el principio de la uniformidad de estudios, agravando el hecho de no haber exigido materias fundamentales, desde 1867, á los que deseaban ser notarios ó agentes de negocios.

Si se aceptaron estas excepciones fué, sin duda, por la terrible oposición suscitada desde luego contra un plan que á todos sometía á una rigurosa serie de ciencias, que aniquilaba los estudios de Metafísica y empezaba, al revés de como siempre se había hecho, por las Matemáticas para concluir con la Lógica.

La nueva organización se impuso, sin embargo, porque tuvo los mejores elementos: contó con el espléndido edificio de San Ildefonso, en el que las escuelas de San Juan de Letrán, San Gregorio y Medicina concentraron los fragmentarios laboratorios, las truncoas colecciones, las mutiladas bibliotecas, que, al unirse, constituyeron lo más cabal del país; y tuvo sobre todo un director insustituible, el gran iniciador Barreda, quien recibió y organizó los útiles de trabajo á que acabo de referirme, y los centenares de alumnos que entonces iniciaban sus estudios en las extintas escuelas; y que, aun cuando formaban alborotadas turbas, que como enemigas se veían, y aun cuando todos las tenían por indisciplinables á causa de su caótico desorden, al sentir la inmaterial coacción de su prestigio como sabio y la dulzura y firmeza con que venció sus incipientes rebeliones, calmaron el mar de sus juveniles anarquias.

Por otra parte, comprendiendo desde luego el Dr. Barreda que para llevar á buen término el plan era forzoso no conceder igual importancia á todas las asignaturas, hizo que las clases de ciencias fueran diarias y de hora y media, y las restantes cada tercer día y nada más de una hora, y logró que el Gobierno designara como profesores á hombres tan eminentes como los ingenieros D. Francisco Díaz Covarrubias, don Manuel Fernández Leal, D. Eduardo Garay, Bustamante y Bulnes, para los cursos de Matemáticas; el presbítero D. Ladislao de la Pascua, para las clases de Física; el sabio Río de la Loza, para las de Química; un poco más tarde el laborioso D. Alfonso Herrera, para la de Historia Natural; él mismo tomó á su cargo la de Lógica, para dar á todas coordinación, ejerciendo así verdadera jefatura intelectual, y substituyó á la cátedra simplemente deductiva, que había prevalecido en esta materia, la deductiva é inductiva, á cuyo efecto utilizó particularmente los estudios del legislador de la inducción, del gran conciliador de los métodos silogístico é inductivo, John Stuart Mill, cuyo libro monumental señaló de texto.

El Dr. Barreda realizó su obra en medio de la tempestad más deshecha que contra una institución se ha suscitado: le ayudaron sus profesores, entre los cuales no era el menor el encargado de la clase de Literatura, D. Ignacio Ramírez; pero sin los prodigios de ciencia, talento y constancia, invertidos por el gran fundador, su institución habría sucumbido, pues no tan sólo se le oponían los miembros del extinto partido conservador, sino los liberales, de quienes desarreglaba los hábitos de pensamiento deductivo, y los jefes de familia, que deseaban dar de prisa á sus hijos una carrera lucrativa y no podían comprender la conveniencia de que todos estudiaran las ciencias fundamentales.



## TOMO I.—PARTE SÉPTIMA

Educación nacional

**D. Ignacio Ramírez. D. José Díaz Covarrubias**  
**D. Alfonso Herrera. D. Protasio Tagle**



